

Discurso

sobre la codicia de las grandes empresas
y el declive de la clase media

Bernie Sanders

«Un héroe de la
causa progresista.»

The Washington Post

«Bernie Sanders es
una rareza. Deberíamos
agradecerle lo que está
haciendo por la reputación
de toda la clase política.»

Rolling Stone

Traducción
Jaime Blasco



Discurso

Bernie Sanders

Discurso

sobre la codicia de las grandes
empresas y el declive
de la clase media

Bernie Sanders

Traducción de Jaime Blasco

MALPASO BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

*Dedico este libro a mis maravillosos
hijos, Levi, Heather, Carina y Dave,
y a mis maravillosos nietos, Sunnee,
Cole, Ryleigh, Grayson, Ella Jane y Tess.
Que disfruten de una vida larga y feliz
en un país lleno de esperanza,
oportunidades, prosperidad y seguridad.*

Agradecimientos

Ningún senador de Estados Unidos podría lograr sus objetivos sin la ayuda de un buen equipo. Y yo tengo uno de los mejores. Me gustaría dar las gracias a todos los que han formado o forman parte de él por la ayuda que me han prestado a la hora de expresar las ideas recogidas en este libro.

Rara vez se reconoce la labor de los hombres y las mujeres que transcriben las intervenciones que se suceden en el Senado y después mecanografían sus notas taquigráficas para elaborar los textos que se acaban convirtiendo en el *Diario de Sesiones del Congreso*. Desde estas páginas, me gustaría elogiar su labor y añadir que el texto del discurso que se recoge en este libro sólo se diferencia del que aparece en el *Diario de Sesiones del Congreso* porque se han corregido discretamente algunos pequeños errores que cometí a lo largo de las ocho horas que duró mi intervención y se han añadido unas cuantas palabras para unir frases que tenían sentido en el discurso oral, pero no en la versión escrita.

Todas las ganancias producidas por este libro irán a organizaciones benéficas de Vermont, en su mayoría dedicadas a las necesidades de los niños.

Introducción

El día en que anunciamos oficialmente mi candidatura a la presidencia de Estados Unidos en la ciudad de Burlington, Vermont, nos arrojaron más de 5 000 personas. Semanas después, en el mitin de Madison, Wisconsin, logramos reunir a 10 000 seguidores. En Seattle convocamos a 15 000, en Portland a 28 000 y en Los Ángeles a 27 000. Durante el verano de 2015 hemos conseguido atraer a muchas más personas que el resto de los candidatos en campaña para los caucus de Iowa y las primarias * de New Hampshire.

La gente se moviliza porque las personas inmensamente ricas son cada vez más ricas y el resto de la humanidad es cada vez más pobre. La gente sufre a diario los efectos de una economía corrupta. Sufre sus efectos cuando se sientan en la mesa de la cocina a revisar las facturas que les acaban de llegar, cuando se ven obligados a sacar algún producto del carrito de la compra porque no les llega el dinero o cuando les dicen a sus hijos que este invierno van a tener que usar el abrigo del año pasado.

* Las primarias son elecciones convencionales (con urnas) y los caucus son asambleas electorales. *(Todas las notas son del traductor.)*

En mis viajes por todo el país siempre escucho el mismo mensaje: los americanos no aguantan más esta situación. Están hartos de que se practiquen recortes en las ayudas sociales y se pongan en peligro servicios esenciales como la Seguridad Social mientras se esquilma a los contribuyentes el dinero que tanto esfuerzo les ha costado ganar y se despilfarra en el rescate de empresas y en costear guerras innecesarias. Están hartos de trabajar más horas y cobrar menos para que los ricos se llenen los bolsillos y, después, firmen tratados y alianzas comerciales nefastos para externalizar el empleo, minando severamente nuestra capacidad para negociar un salario justo. Y están tanto o más hartos de que la codicia de las grandes empresas, que invierten ilimitadas sumas de dinero para asegurarse de que salgan elegidos sus candidatos predilectos, esté acabando con nuestro sistema político.

En los últimos dos años, 15 personas han incrementado su fortuna en 170 millardos de dólares, mientras que la cifra de americanos que viven en condiciones de pobreza roza los 45 millones. Eso, a mi entender, no es justicia. Es una economía obscuramente corrupta concebida por las personas más ricas de este país para beneficiarse a sí mismas a costa del resto de la población.

Cientos de miles de americanos han decidido expresar su profundo desacuerdo y exigen un cambio.

Y mi corazón me dice que no voy a poder hacerlo solo.

Ningún presidente puede enfrentarse a Wall Street, a la América de las grandes corporaciones, a los medios de comunicación, a los hermanos Koch y a los intereses de los poderes fácticos a menos que consiga movilizar a millones y millones de ciudadanos que unan sus fuerzas para exigir al gobierno que trabaje para todos los americanos, no sólo para las personas más ricas de este país.

Por eso hemos querido que la gente se convierta en el eje central de nuestra campaña y hemos prescindido de un comité de acción política* financiado por multimillonarios, banqueros y grandes empresas. Nuestro movimiento no representa los intereses de los poderosos y, por tanto, no queremos su dinero. En lugar de ello, nuestra campaña electoral se ha financiado con pequeñas aportaciones de gente trabajadora.

Cuando pusimos en marcha esta campaña, estaba convencido de que nuestro mensaje calaría muy hondo en la conciencia del pueblo americano.

No es la primera vez que esto sucede. Una reacción similar se produjo hace cinco años, a raíz del extenso discurso que pronuncié en el Senado.

El viernes 10 de diciembre de 2010 me desperté a la misma hora de siempre, en el edificio Dirksen del

* PAC (Political Action Committee): organización que recauda fondos para campañas políticas.

Senado, desayuné lo mismo de siempre, copos de avena y café, y, como todos los días, estuve después hablando con algunos miembros de mi equipo.

A las diez y media entré en la cámara del Senado y empecé a pronunciar un discurso. Hablé ocho horas y media, hasta las siete de la tarde.

Había prometido hacer todo lo que estuviera en mi mano para luchar contra lo que a mi modo de ver era una reforma fiscal muy perjudicial para la nación, impulsada por los republicanos. Consideraba que, en un país con una deuda nacional de 14,8 billones de dólares y la distribución de riqueza y de ingresos más desigual del mundo desarrollado, es totalmente absurdo conceder a los multimillonarios exenciones tributarias por valor de cientos de millardos de dólares.

Decidí oponerme a tan infausta medida de la manera más enérgica posible y preparé un alegato que algunos tacharon de discurso obstruccionista, pero para mí se trató de un extenso discurso sobre un tema muy importante. No quería centrarme exclusivamente en el acuerdo legislativo, ni en el mercado de concesiones y compromisos. Puse todo mi empeño para expresar lo que a mi modo de ver es la realidad más sangrante de nuestra época: cuando decenas de millones de americanos tienen que esforzarse para poder sobrevivir y otros tantos sienten que se tambalean los pilares de la clase media, la concentración de dinero y poder en manos de unas

cuantas familias está convirtiendo este país en una plutocracia.

¿Qué dice de nuestra economía y de las decisiones políticas que tomamos en relación con ella en el Capitolio que, en la coyuntura actual, pese al enorme desarrollo de la productividad y de la tecnología al que hemos asistido en las últimas décadas, la renta disponible de una familia con dos sueldos sea menor que la de una familia con un único salario hace treinta años? ¿Por qué hoy en día la jornada laboral en Estados Unidos es más larga que en cualquier otro país del mundo industrializado?

¿Existe una correlación entre nuestra tasa de pobreza infantil (la más elevada, con diferencia, del mundo desarrollado) y la superpoblación de nuestras cárceles? ¿No sería más lógico invertir más en educación que en la construcción de cárceles?

¿En qué medida envilece nuestro sistema político y legal el hecho de que los maleantes de Wall Street que provocaron esta horrible recesión ganen ahora más dinero que antes de que los contribuyentes rescataran sus bancos? ¿Cómo es posible que ninguno de ellos haya acabado en la cárcel? ¿Y para qué sirve la Ley de Reforma Financiera si tres de los cuatro bancos «demasiado grandes para caer» de este país son ahora aún más grandes que antes del hundimiento de Wall Street, unos activos cuyo valor conjunto supera la mitad del PIB del país?

¿Cómo va a repercutir en el futuro económico de nuestro país el cierre de fábricas y la destrucción de millones de empleos bien remunerados en el sector industrial, así como la dificultad creciente de adquirir productos fabricados en Estados Unidos? ¿Cómo es posible que, cuando las cosas se ponen difíciles, los directores ejecutivos de las grandes corporaciones, que alardean de las ventajas de externalizar la producción y el empleo a China, acudan corriendo a los contribuyentes estadounidenses para que los rescaten?

¡Y así hasta la eternidad!

¿Quieren saber qué se siente al permanecer en pie, hablando, durante ocho horas y media, sin poder abandonar el estrado, sin poder comer, sin poder ir al baño, consciente de que una cámara de televisión te enfoca en todo momento? Es una experiencia dura. Empecé a acusar las secuelas a los pocos días, me sentía agotado. Mientras pronunciaba el discurso, empecé a sentir ligeros calambres en las piernas y una molesta ronquera se apoderó de mi voz.

Cuando tomé la palabra, no tenía ni idea de cuánto tiempo iba a permanecer allí. En mis tiempos como alcalde de Burlington, Vermont, allá por los años ochenta, en alguna ocasión había llegado a pronunciar discursos de una hora. Ésa era toda mi experiencia. ¿Cuánto podría aguantar? ¿Tres horas, cinco, veinte? No, no lo sabía. Estaba convencido, eso sí, de que no iba a dedicarme a recitar el listín

telefónico ni a cantar alguna cancioncilla para intentar agotar el tiempo. Mi intención era seguir hablando hasta que no tuviera nada relevante que decir. Aunque no había elaborado un guion previo, me inspiré en otros discursos o artículos que había escrito anteriormente y también cité fragmentos de distintos libros. Leía unas pocas líneas o páginas y luego desarrollaba las ideas allí recogidas. En dos ocasiones, sendos colegas tomaron la palabra y mantuvimos lo que podríamos definir como un coloquio. Me gustaría darles las gracias al senador Sherrod Brown y a la senadora Mary Landrieu por su apoyo.

Por otra parte, quisiera advertir al lector que se va a enfrentar a un texto bastante repetitivo. Y ello tiene una explicación. Cuando decidí pronunciar este discurso, yo era perfectamente consciente de que muchos no lo escucharían entero. Me figuraba que la mayoría me atendería media hora, quizá una hora, y después seguiría con sus vidas. Por eso me propuse volver una y otra vez a los temas que consideraba fundamentales.

¿Que si me sorprendió que mi discurso recibiera tanta atención? ¿Me lo preguntan en serio? Los teléfonos de mis oficinas en Washington y en Vermont no dejaron de sonar un solo instante. En Vermont, los ocho miembros de mi equipo no hacían más que atender el teléfono, miles de llamadas, durante todo el día. ¡Y correos electrónicos! Los servidores del Senado se colapsaron por la enorme cantidad de per-

sonas que querían seguir en directo el discurso, a través de Internet, y parece que la cadena de televisión C-SPAN 2 tuvo una audiencia excepcionalmente elevada ese día. Según el *New York Times*, mi discurso fue el acontecimiento más tuiteado del día en todo el mundo. La noticia apareció en las portadas de los periódicos de todo el país y tuvo una amplia cobertura en los medios de comunicación internacionales. El número de personas que me solicitaron amistad en mi perfil de Facebook duplicó en un día la cifra y las visitas a mi página web se dispararon. Algunos periodistas llegaron a decir que Obama había convocado una rueda de prensa improvisada con el expresidente Bill Clinton, partidario de la reforma fiscal, con el fin de desviar la atención de los medios de comunicación, pendientes de mi intervención en el Senado.

A pesar de mis denodados esfuerzos y del improbable trabajo de otros miembros del Congreso, perdimos la votación, y un acuerdo sumamente lesivo se acabó convirtiendo en ley.

¿Mereció la pena el esfuerzo que supuso pronunciar este discurso de ocho horas y media? ¡Por supuesto que sí! Si queremos que este país avance en una nueva dirección, si queremos salvar a la clase media y cambiar nuestras prioridades nacionales, tenemos que abrirnos camino a través de la confusión de los medios de comunicación hegemónicos y centrarnos en las cuestiones vitales que realmente preocupan a las familias trabajadoras.

La clamorosa respuesta que obtuvo mi discurso en 2010 y la respuesta que tuvo nuestra campaña electoral actual demuestran que en este país la gente está deseando hablar de las verdades económicas, responder a los feroces ataques que sufren las familias trabajadoras y trazar un plan realista para revertir las insultantes medidas políticas que favorecen a los ricos en detrimento de las clases medias y los desfavorecidos de nuestra nación.

Cuando anuncié que presentaría mi candidatura a la presidencia de Estados Unidos, dije que se necesitaba una revolución política para que un modesto senador de Vermont ganara las elecciones. Muchos analistas interpretaron que, con estas declaraciones, estaba reconociendo que ganar era una empresa imposible. No era cierto. Me había limitado a describir lo que había que hacer para reparar los daños causados y arrebatarse el país a la oligarquía. A los analistas y a los asesores políticos todavía les cuesta entenderlo, pero la gente lo comprende perfectamente. Miles de personas, decenas de miles, acuden a nuestros mítines. Contribuyen a nuestra campaña con cinco o diez dólares porque son conscientes de que si cada uno aporta aquello que buenamente pueda podremos vencer a la clase multimillonaria.

Decidí presentarme a las elecciones presidenciales porque pensaba que ése era mi deber, porque pensaba que esta campaña podía desencadenar una revolución política, porque pensaba que podríamos

ganar. Ya lo habíamos hecho en Burlington. También en Vermont. Y lo estamos haciendo en Estados Unidos. Aunque parezcan totalmente imposibles, los cambios llegan. Y esos cambios, esas conquistas, son un acicate que nos anima a luchar aún con más fuerza.

Si no nos mantenemos unidos ahora, los trabajadores americanos tendrán que seguir luchando con todas sus fuerzas para llegar a fin de mes. No podemos conformarnos con los políticos del *establishment* ni con tan rancios ideales. Ha llegado el momento de transformar América.

Senador Bernie Sanders;
Burlington, Vermont, octubre de 2015

La economía

**(Senado de los Estados Unidos de América,
10 de diciembre de 2010)**

SENADOR SANDERS Señor presidente, creo que todo el mundo sabe que el presidente Obama y los líderes republicanos han alcanzado un acuerdo para sacar adelante un proyecto de ley fiscal muy importante. En mi opinión, este acuerdo perjudica al pueblo americano. Creo que podríamos aspirar a algo mejor.

Comparezco hoy ante esta Cámara para oponerme enérgicamente a esta ley y mi propósito es explicar a mis colegas y al país los motivos concretos de mi postura. Pueden ustedes llamar como quieran a lo que estoy haciendo. Pueden decir que se trata de un discurso obstruccionista. Pueden decir que es un discurso muy extenso. No es mi intención batir grandes récords ni dar un espectáculo: comparezco sencillamente ante ustedes porque quiero tomarme el tiempo necesario para explicar al pueblo americano que debemos aspirar a algo mucho mejor que lo ofrecido por este acuerdo.

Quisiera enumerar algunas de las razones por las que me opongo a este acuerdo.

En primer lugar, como todo el mundo sabe, esta nación tiene una deuda nacional récord que asciende a 13,8 billones de dólares, al tiempo que la clase

media se derrumba y la pobreza aumenta sin cesar. Y pienso que es necesario decir unas palabras (pues no estoy seguro de que muchos americanos lo sepan) para explicar cómo hemos llegado a esta situación en lo que respecta a la deuda nacional.

Sé que algunos piensan que todo comenzó el día que el presidente Obama asumió la presidencia. Pues bien, eso no es cierto. Cuando el presidente Clinton abandonó el gobierno, este país gozaba, en realidad, de un superávit bastante considerable y, según las previsiones, la situación se iba a mantener. En los ocho años de la administración Bush, por una serie de razones (sobre todo por las guerras de Afganistán e Irak, las enormes exenciones fiscales que se les concedieron a las personas más ricas de este país, el plan de cobertura para medicamentos en Medicare, el rescate de Wall Street y algunas otras cosas que no se llegaron a pagar), la deuda nacional prácticamente se duplicó. Bajo el gobierno del presidente Obama, hemos aprobado un paquete de medidas de estímulo que también ha pasado a engrosar el déficit y la deuda nacional.

El caso es que en el momento actual nos enfrentamos a una deuda nacional de 13,8 billones de dólares, a un déficit de 1,3 billones y casi todos los americanos están de acuerdo en afirmar que tenemos un problema muy grave, de manera que lo primero que quisiera decir es que me parece inadmisibile, inadmisibile, que mis amigos conservadores pretendan incre-

mentar esta desmesurada deuda nacional concediendo a los millonarios y los multimillonarios exenciones tributarias que no necesitan y que, en algunos casos, ni siquiera quieren.

Ésta es una de las ironías que me parece interesante subrayar. Son muchas las personas inmensamente ricas que han alzado su voz para decir: «Por supuesto que quiero una exención tributaria. ¿Quién no? Pero creo que este país tiene otras prioridades y yo no necesito ese dinero». Dos de las personas más ricas del mundo (y estamos hablando de multimillonarios), Bill Gates, de Microsoft, y Warren Buffett, de Berkshire, opinan que esto es absurdo. No necesitan exenciones fiscales.

Por todo el país, podemos encontrar a millonarios que nos dicen: «No lo hagáis. Si concedéis rebajas fiscales a las personas más ricas del país, el déficit aumentará y nuestros hijos se verán obligados a pagar más impuestos para saldar la deuda nacional».

Nos han dicho que no debemos preocuparnos demasiado porque la ampliación de estas exenciones tributarias sólo se mantendrá un par de años. Que no nos preocupemos... Quizá sea cierto, pero a tenor de lo que he observado en Washington, lo lógico es que dentro de dos años estas rebajas fiscales para la gente más rica del país se amplíen de nuevo. Lo que se suele decir al respecto por aquí en Washington es que poner fin a las exenciones tributarias equivale a subir los impuestos. Es una teoría que de-

fiende mucha gente en el momento actual. No veo ninguna razón para pensar que no la utilizarán cuando se celebren elecciones presidenciales y, por tanto, tampoco veo ninguna razón para pensar que estas exenciones tributarias no se vayan a ampliar.

(El presidente en funciones asume la presidencia provisionalmente. Continúa el senador Sanders.)

Está claro que algunos de los republicanos aquí presentes quieren que esta ampliación sea definitiva. No sé si lo conseguirán. El caso es que cada vez que escuchen ustedes que sólo se van a mantener dos años, lo más prudente es que se lo tomen con ciertas reservas.

Debo decir que si accediéramos a lo que quieren hacer los republicanos en este preciso instante, al principio de este debate (lo que quieren es una prórroga de diez años), nuestra deuda nacional se incrementaría en 700 millardos de dólares. Tengo cuatro hijos y seis nietos. Ninguno tiene mucho dinero. Me parece que es tremendamente injusto pedirles a mis hijos y a mis nietos, así como a todos los niños de este país, que paguen más impuestos en el futuro porque nosotros, con las exenciones tributarias que les hemos concedido a los multimillonarios, hemos incrementado la deuda nacional. Sencillamente, eso sería un error. Creo que la inmensa mayoría del pueblo americano, ya sean progresistas,

como yo, o conservadores, es capaz de comprender que la idea de conceder exenciones tributarias a los multimillonarios cuando tenemos una deuda nacional tan elevada no tiene ningún sentido.

Por otra parte, es importante señalar que ampliar las exenciones fiscales a los más ricos, al 2% de la población, no es la única propuesta fiscal injusta incluida en este acuerdo. El pacto alcanzado por el presidente y los líderes republicanos también supone mantener la tasa impositiva del 15% sobre las ganancias y los dividendos que instauró Bush, lo que significa que las personas que viven de las inversiones seguirán pagando una tasa impositiva considerablemente inferior a la de los bomberos, los profesores, las enfermeras, los carpinteros y casi todos los trabajadores de este país. No me parece nada justo. Eso es un error. Si se aprobara este acuerdo, permitiríamos que se mantuviera esa disposición tan injusta.

A todo esto hay que añadir que este acuerdo incluye una propuesta horrible para cercenar el impuesto de sucesiones. Este impuesto fue una iniciativa de Teddy Roosevelt. Roosevelt ya se preocupaba por este problema a principios del siglo xx. El impuesto se promulgó en 1916 y entró en vigor por dos razones. Teddy Roosevelt y sus coetáneos pensaban que no estaba bien que el capital se concentrara en manos de unas cuantas personas y que, después, esas mismas personas pudieran legar su fortuna,

transmitirla a sus hijos, sin pagar impuestos. No les parecía bien.

Además, era una fuente de ingresos, una fuente de ingresos justa y progresista. Si se aprueba el pacto que han acordado los líderes republicanos y el presidente, el impuesto de sucesiones, que ascendía al 55 % para las herencias de más de un millón de dólares bajo el mandato del presidente Clinton se reduciría notablemente —y recordemos que, aunque tuvimos algunos problemas con la economía bajo su mandato, no creo que muchos puedan negar que durante esos años se crearon muchísimos más puestos de trabajo que en la época de Bush—. Los hechos son incontestables: con Clinton se crearon veinte millones de empleos. Con Bush se destruyeron más de 600 000 empleos en el sector privado. En la era Clinton, la tasa del impuesto de sucesiones representaba el 55 % para las herencias de más de un millón de dólares. Si se aprueba este pacto, se rebajará esta tasa hasta el 35 %, con una exención para los primeros cinco millones de dólares en el caso de que herede un solo individuo y de diez millones en el caso de una pareja.

Quisiera destacar una idea importante que puede que mucha gente desconozca. He de confesar que mis amigos republicanos y los encuestadores que trabajan para ellos, así como quienes deciden qué palabras hay que utilizar han hecho un trabajo muy eficaz. Al impuesto de sucesiones se le conoce como «el

impuesto sobre la muerte». Creo que no hay ningún americano que no piense que es un impuesto terrible. Tengo 50 000 dólares en el banco y quiero dejarlos a mis hijos y el gobierno se va a llevar el 55 % de ese dinero, o el 35 %. Es indignante.

Seamos claros: este impuesto se aplica únicamente (únicamente) al 0,3 % de la población: el 99,7 % restante no pagará ni un centavo de este impuesto de sucesión. No es un impuesto para los ricos, sino un impuesto para las más grandes fortunas.

Si mis amigos republicanos se hubieran salido con la suya y hubieran eliminado por completo este impuesto, que es lo que quieren, el coste hubiera tenido que asumirlo el Tesoro... y la deuda nacional habría crecido en un billón de dólares en un plazo de diez años. Familias como los Walton, los dueños de la famosa cadena Walmart, se beneficiarían de una exención tributaria de cerca de 30 millardos de dólares.

Me cuesta creer que, cuando estamos hablando de recortes generalizados en los programas destinados a las familias trabajadoras, cuando nuestra deuda nacional es astronómica, alguien se declare partidario de rebajar la tasa impositiva del impuesto de sucesiones al 35 %, con una exención para ese primer tramo de cinco millones. Ésta es una de las propuestas incluidas en este acuerdo y yo sostengo que no es una buena idea.

Insisto: aunque está previsto que el acuerdo para tan infames exenciones fiscales no durará más de

dos años... insisto, no me cabe la menor duda de que los republicanos no dejarán de presionar para conseguir unas tasas impositivas cada vez más reducidas porque ése es el objetivo que persiguen. Creo que el senador Kyl lo ha explicado bastante bien. La intención de los republicanos es derogar para siempre ese impuesto. En ese caso, la deuda nacional aumentaría en un billón de dólares en un plazo de diez años y, para colmo, esta medida sólo beneficiaría al 0,3 % de la población. Creo que vamos por el mal camino y ésa es otra de las razones por las que este acuerdo no tiene demasiado sentido.

En tercer lugar (y ésta es una idea muy importante que aún no ha recibido la atención que merece), este acuerdo incluye una suspensión temporal del impuesto sobre las nóminas, una suerte de vacaciones fiscales, que supondrá un recorte de 120 mil millones de dólares para la Seguridad Social. Muchos dirán: «No me parece mal. En lugar de tributar el 6,2% voy a pagar el 4,2%. Me van a retener menos dinero. Qué buena idea».

Vamos a respirar hondo y a reflexionar durante unos segundos para entender de qué va todo esto. En un principio, esta idea de la suspensión del impuesto sobre las nóminas, según tengo entendido, se les ocurrió a los republicanos conservadores. Sé que el vicepresidente recalcó hace poco que esta idea se les ocurrió a los republicanos. ¿Por qué defienden esta ingeniosa idea los republicanos? Obsérvese que es-

tamos refiriéndonos, precisamente, a quienes no creen en la Seguridad Social. Porque son partidarios de hacer importantes recortes en la Seguridad Social o de privatizarla por completo. Esto es lo que me gustaría subrayar: saben que si desviamos un dinero que supuestamente está destinado al fondo de la Seguridad Social (en esto consiste en realidad la suspensión temporal del impuesto sobre las nóminas: un dinero que iría a parar al fondo de la Seguridad Social se desvía, se retiene, con el presuntamente bienintencionado fin de proporcionar apoyo financiero a los trabajadores), el fondo dejará de recibir una gran cantidad de dinero.

Pero el presidente y otras personas nos dicen que no nos preocupemos porque esos ingresos que la Seguridad Social dejará de percibir se cubrirán con los fondos generales. Se creará así un precedente muy perjudicial y peligroso. Hasta ahora, la Seguridad Social se ha financiado en su totalidad con las deducciones salariales, no con aportaciones procedentes de la base imponible general. Una vez más, se trata de un plan que sólo se mantendrá en vigor durante un año. La pérdida de ingresos que esta medida supondrá para la Seguridad Social se cubrirá con los fondos generales. Pero nuestra deuda nacional asciende a 13,8 billones de dólares. ¿Cuánto tiempo se podrá financiar la Seguridad Social con los recursos de los fondos generales? ¿Es una buena idea hacer eso con los fondos generales?

Yo creo que no. Para quienes creemos en la Seguridad Social, es un paso decisivo y arriesgado. Pero Bernie Sanders no es el único que piensa así. Una de las asociaciones de la tercera edad más eficaces y, en mi opinión, más importantes, de Estados Unidos es el denominado Comité para la Protección de la Seguridad Social y de Medicare. No sé exactamente cuántos miembros lo integran, pero son muchos y están repartidos por todo el país. Sé que en el estado de Vermont son un grupo muy activo. Me gustaría leerles un fragmento de un comunicado de prensa que emitieron el otro día. Se titula así: «Recortar las contribuciones a la Seguridad Social es el principio del fin. La verdad sobre la suspensión del impuesto sobre las nóminas».

Esto es lo que dicen. La autora del comunicado es Barbara Kennelly. Barbara ha sido miembro de la Cámara de Representantes. La conozco desde hace años. En la actualidad preside el Comité Nacional para la Protección de la Seguridad Social y Medicare, una de las asociaciones de la tercera edad más arraigadas en nuestro país.

Aunque la Seguridad Social no ha contribuido en modo alguno a la crisis económica actual, se ha utilizado como moneda de cambio en un acuerdo que concede a los ricos una serie de exenciones fiscales que dispararán el déficit. Podría parecer que desviar 120 millardos de dólares en contribuciones a la Seguridad Social para aprobar una de-

nominada «tregua fiscal» beneficiará a los trabajadores en las actuales circunstancias, pero perjudicará notablemente al programa del que dependerán en el futuro la mayoría de los jubilados de clase media.

Esto es lo que afirma el Comité Nacional para la Protección de la Seguridad Social y de Medicare y yo coincido con ellos. Es importante que quienes consideramos que la Seguridad Social es fundamental para la supervivencia de decenas de millones de americanos en el presente, y que tendrá una importancia vital para los trabajadores actuales cuando alcancen la edad de la jubilación, entendamos que la Seguridad Social ha hecho un gran trabajo. Hace unos minutos el presidente del Senado ha elogiado el encomiable trabajo que desempeñan nuestros funcionarios federales y tiene toda la razón. A veces también subestimamos el enorme éxito de la Seguridad Social. Ha cumplido precisamente la función que las personas que la crearon querían que cumpliera, ni más ni menos. Ha sido un éxito. Ha sacado de la pobreza a millones de ancianos y les ha dado bastante seguridad. Además, ha contribuido a que la gente con discapacidades conserve su dignidad. Las viudas y los huérfanos también se han beneficiado de ella.

Durante setenta y cinco años ha funcionado a la perfección. Hoy presenta un superávit de 2,6 billones de dólares y se encuentra en condiciones de pagar las prestaciones de los próximos veintisiete años.

Es sólida. Nosotros queremos que sea aún más sólida. Y, por ello, temo que esta suspensión del impuesto sobre las nóminas sea un paso en la dirección equivocada, y ésta es otra de las razones importantes por las que deberíamos rechazar este acuerdo que han alcanzado el presidente y los republicanos.

El acuerdo incluye además una serie de exenciones fiscales para las empresas. No diré que ninguna de ellas vaya a funcionar. Quizá algunas sí funcionen. Unas funcionarán mejor que otras. La lista es bastante extensa. Pero es importante señalar una cosa. Muchos economistas de distinto signo político coinciden en afirmar que si de verdad queremos enfrentarnos a la terrible crisis económica en la que nos encontramos inmersos, con una tasa de desempleo del 9,8%, hay medidas mucho más eficaces para crear empleo que estas propuestas fiscales. Las grandes empresas estadounidenses disponen de un saldo efectivo de cerca de dos billones de dólares, así que no se puede decir que nuestros amigos empresarios estén en la ruina, que necesiten ayuda. Disponen de un saldo efectivo de dos billones. El problema, a mi entender, no es que los impuestos que gravan a las empresas sean demasiado elevados; el problema es, sencillamente, que la clase media no tiene dinero para adquirir bienes y productos, de modo que nuestra economía despegue y se creen puestos de trabajo.

Creo que si nuestro objetivo es crear los millones y millones de empleos que necesitamos y si

nuestro objetivo es fortalecer la presencia internacional de nuestro país en una economía global cada vez más compleja, yo, personalmente, preferiría, y creo que la mayoría de los economistas estarán de acuerdo conmigo, concentrar buena parte de nuestras inversiones en nuestras infraestructuras para crear los millones de empleos que necesitamos.

Lo cierto es (y no creo que nadie lo ponga en duda) que las infraestructuras de Estados Unidos se desmoronan, situación que analizaré en detalle más adelante.

Dispongo de información contrastada que así lo demuestra, pero no es necesario ser ingeniero civil para advertirlo. Basta con subirse al coche y visitar algunas zonas de mi estado y del resto del país. Si ustedes lo hacen, descubrirán que las carreteras están muy deterioradas. Que los puentes, en algunos casos, se han cerrado a la circulación. Que los sistemas hidráulicos... Hace poco estuve en Rutland, la segunda o la tercera ciudad del estado de Vermont, y el alcalde me enseñó un trozo de tubería, una tubería vieja, y me dijo: «Mire, el ingeniero que construyó la red hidráulica de esta ciudad e instaló esta tubería, una vez terminado su trabajo en Rutland, se tuvo que ir a la guerra».

Sabía que lo decía con segundas, así que le pregunté: «¿A qué guerra?». Y me respondió: «A la Guerra de Secesión».

Ahí lo tienen, el sistema de tuberías de Rutland

se instaló antes de la Guerra de Secesión... y esto sucede en muchas ciudades de Estados Unidos. Como consecuencia de ello, todos los días desaprovechamos grandes cantidades de agua potable, por culpa de las tuberías que se rompen y revientan en todo el país.

Pues bien, podemos poner a la gente a trabajar en la reforma de nuestro sistema hidráulico, de nuestras plantas de aguas residuales. Cuesta mucho dinero construir una buena planta de aguas residuales. Yo he sido alcalde y usted gobernador, señor presidente. Cuesta mucho dinero construir carreteras, puentes. Por no hablar de nuestro sistema ferroviario, que en sus tiempos fue el mejor del mundo y que ahora se encuentra muy rezagado en comparación con los de otros países del mundo desarrollado.

Gracias al paquete de medidas para estimular la economía pudimos hacer muchas cosas buenas en el estado de Vermont. Una de ellas fue invertir 50 millones de dólares procedentes de fondos federales y capitales privados en la reparación exhaustiva de una de las principales vías ferroviarias del estado.

Pero seguimos muy atrasados en comparación con la mayoría de los países del mundo industrializado. En China, la red ferroviaria de alta velocidad está experimentando un crecimiento espectacular. Deberíamos esforzarnos más. Tendríamos que arreglar los aeropuertos. Es necesario poner al día la tecnología de nuestros sistemas de control aéreo para garantizar la seguridad de los vuelos.

Lo que está claro es que la mayoría de los economistas coinciden en que las inversiones en infraestructuras generan numerosos beneficios. En la mayoría de los casos, se crean más puestos de trabajo con una inversión de estas características que concediendo exenciones tributarias a las empresas.

En segundo lugar, pero no por ello menos importante, con las inversiones en infraestructuras mejoran las perspectivas de futuro para el crecimiento del país. Nos permitirían convertirnos en un país más productivo. No sólo se crean puestos de trabajo, sino que se crean puestos de trabajo muy especializados, lo que favorece el incremento de la productividad y de la eficiencia de nuestra nación.

En tercer lugar... quisiera explicarles una cosa. Como alcalde aprendí que las infraestructuras no se arreglan solas. Un alcalde puede dar la espalda a las carreteras y a las autopistas porque un año no dispone de dinero suficiente para arreglarlas, pero eso no significa que se arreglen solas el año siguiente. En algún momento habrá que repararlas. ¿Por qué no hacerlo ahora?

Por tanto, creo que si se invirtiera en infraestructuras la nada despreciable suma de dinero que se destina a recortes fiscales en el acuerdo que han alcanzado el presidente y los republicanos con el fin de conceder exenciones tributarias a las empresas americanas, se obtendrían más beneficios.

La quinta crítica que me gustaría esgrimir contra este acuerdo y contra las afirmaciones del presidente y de otras personas es que sostienen que se trata de una solución de compromiso. No se puede tener todo lo que uno quiere. Bueno, es cierto que aquí en Washington no se puede tener todo lo que uno quiere, pero no se puede decir que estemos ante un acuerdo de compromiso por haber conseguido que se amplíe trece meses más la prestación de desempleo.

Quisiera dejar bien claro este asunto. En medio de una grave recesión, cuando millones de compatriotas no sólo están en el paro sin tener ninguna culpa, sino que además llevan mucho tiempo en esta situación, sería, a mi modo de ver, inmoral y equivocado dar la espalda a estos trabajadores. La prestación de desempleo se les acabará enseguida. Es absolutamente necesario que ampliemos esta prestación a los dos millones de trabajadores que dejarán de beneficiarse de ella.

Pero el problema es el siguiente. Algunos aseguran que la ampliación de esta prestación es una concesión. Bien, los republicanos han cedido y han aceptado que se amplíe la prestación de desempleo; el presidente ha cedido y ha concedido a los ricos más exenciones tributarias, etc. Pero el problema es el siguiente. No me creo, sinceramente, que sea una concesión de los republicanos porque lo cierto es que, en los últimos cuarenta años, bajo gobiernos demócratas o republicanos, con el Senado o la Cá-

mara de Representantes presididos por líderes demócratas o republicanos, siempre que la tasa de desempleo ha superado el 7,2 %, ambos partidos se han declarado a favor de ampliar la cobertura del seguro de desempleo, de manera que nos encontramos ante una práctica consensuada entre ambos partidos que se mantiene desde tiempos inmemoriales. Siempre hemos actuado así. Y así es como deberíamos actuar en el futuro. No considero, por tanto, que el apoyo de los republicanos a una medida que su partido siempre ha respaldado (ampliar la prestación por desempleo cuando la tasa de paro se dispara) sea una concesión. Creo que es una medida que se viene adoptando en este país y, concretamente, en el Senado desde hace cuarenta años.

He señalado los aspectos negativos de esta propuesta, pero soy el primero en admitir que, desde luego, este acuerdo tiene aspectos positivos y beneficiosos. ¿Cuáles son? ¿Cuáles son los aspectos positivos de este acuerdo? Los voy a señalar a continuación.

En primer lugar, estoy profundamente convencido, y sé que el presidente está de acuerdo conmigo, de que es absolutamente necesario que amplie-mos las rebajas fiscales de la clase media al 98 % de la fuerza de trabajo de esta nación. No creo que esto se pueda discutir.

Después de que, con el gobierno de Bush, los ingresos medios de las familias experimentaran una reducción de más de 2000 dólares, cuando millones de

personas trabajan más horas y cobran menos, cuando hay mucha gente que no se puede permitir enviar a sus hijos a la universidad ni pagar la guardería, considero que tiene todo el sentido del mundo. No creo que nadie discuta que es absolutamente necesario que amplíemos las rebajas fiscales de la clase media. Y esta medida sí se recoge en este acuerdo. Es lo correcto.

Además, este pacto contempla la ampliación de la desgravación por ingresos del trabajo, de la desgravación por hijos y por estudios universitarios. Todos estos acuerdos son muy importantes. Estos programas evitarán que millones de americanos se descuelguen de la clase media y caigan en la pobreza. Permitirán que millones de americanos puedan enviar a sus hijos a la universidad.

De manera que no comparezco hoy en esta Cámara sólo para señalar los defectos de este acuerdo que han alcanzado el presidente y los republicanos. Tiene cosas buenas y todos debemos luchar para conseguir que todas esas propuestas se incluyan en el proyecto definitivo cuando se apruebe, pero, para analizarlo desde una perspectiva general, hemos de situarlo en un contexto más amplio, es decir, ¿qué consecuencias tendrá la aprobación de esta ley para el futuro de nuestro país?

En ese ámbito, si lo analizamos en ese contexto, creo que hay pruebas bastante contundentes que demuestran que no es un buen acuerdo y que no deberíamos aprobarlo. La aprobación de este acuerdo

supondría la prolongación durante dos años más, como mínimo, de la política económica de goteo* promovida por Bush. Y eso no es bueno porque, a mi entender, como saben la mayoría de los americanos, esa filosofía, esa teoría económica, sencillamente, no funciona. Las pruebas en su contra son abrumadoras. Creo que todos estaremos de acuerdo en que, cuando los ingresos medios experimentan una reducción de 2 200 dólares, cuando se destruyen más de 600 000 puestos de trabajo en el sector privado y sólo se crea empleo en el sector público... no entiendo cómo nadie puede seguir manteniendo ese planteamiento. Pero, en esencia, eso es lo que sucederá si se aprueba este acuerdo.

Ahora me gustaría explicar otra cosa que sucederá (e insisto en que me esforzaré al máximo para impedirlo) si se aprueba este pacto. Que nadie piense que cuando esto ocurra, nuestros colegas republicanos dirán: «Muy bien, hemos conseguido una prórroga de las exenciones tributarias para los más ricos. Hemos conseguido reducir la tasa del impuesto de sucesiones. Hemos logrado dos conquistas importantes para los millonarios y los multi-

* *Trickle-down economics*: teoría económica según la cual las ganancias de los más ricos se filtran hacia las capas inferiores y acaban beneficiando a los más pobres sin necesidad de intervención estatal. Es un término generalmente empleado por sus detractores.

millonarios. Ahora nos retiraremos. Dejaremos de luchar».

No lo harán. Creo que ya se pueden adivinar las intenciones de nuestros amigos republicanos. El presidente ha creado una comisión para la reducción del déficit bastante lamentable. Me parece que las personas que ha designado no son una muestra representativa del pueblo americano. Creo que su intención es favorecer sobre todo a las grandes empresas, al mundo empresarial.

A juzgar por las iniciativas que propuso esa comisión (unas medidas que, por fortuna, no obtuvieron los 14 votos necesarios), me parece que quienes queremos proteger las necesidades de la clase media y de las familias trabajadoras tendremos que hacer todo lo posible para intentar frenar lo que se nos viene encima.

Me da la impresión de que (si se aprueba la propuesta que han acordado el presidente y los republicanos) dentro de unos meses, escucharemos en el Senado discursos como éste: «¿Saben una cosa? Tenemos un déficit enorme. Y lo mismo sucede con la deuda nacional. Y, sí (¡vaya!), resulta que la deuda nacional se ha incrementado por culpa de las exenciones fiscales que hemos concedido a los millonarios. Son cosas que pasan, pero no podemos eludir el problema de la deuda nacional».